

Los orígenes de una obsesión animal

Sandra María Ortega Garzón

Creadora, maestra e investigadora teatral de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, smortegag@udistrital.edu.co

Episodio 1: el asalto simbólico

Cuando pienso en el germen escritural de mi libro *De hombres y de bestias*, debo pensar en una serie de frenesí de imágenes que llegaron a mí como artista, en las insistencias del inconsciente que me llevaban con cierto descaro a fijarme constantemente en las figuras animales que me rodeaban; eran las fauces de la hiena de Aberdeen, que como en la carátula del libro, me mordisqueaban y devoraban mis días hallando en cada fotografía, escultura, obra que veía o leía, en cada noticia, la figura animal. Sin embargo, no fui consciente de mi interés sino hasta que alguien cercano, víctima del conflicto armado colombiano, me describió una imagen que lo atormentaba en sus sueños, una pesadilla en la que él era perseguido por los buitres, esto después de que un grupo paramilitar lo obligara a transportar en su camioneta de acarreos a unos “combatientes dados de baja” y él viera cómo los chulos los seguían.

Tiempo después, esta imagen se hizo más inquietante al leer la obra *Coragyps Sapiens* de Felipe Vergara¹ y sus imágenes de un hombre-buitre y de troncos en el río remontados por chulos y, aún más, cuando tiempo más tarde el mismo Vergara me contó que la imagen de su obra nació de una vivencia propia en el río Magdalena durante aquella época dura de los “muertos de agua”. Estas imágenes, la de los buitres carroñeros y la del hombre-buitre, me persiguieron durante un tiempo, no como pesadillas sino como una especie de sueños lúcidos que

me llamaban a escribir, yo pensé en ese entonces que se convertirían en alguna fuente de creación teatral; pero muy pronto me di cuenta de que esta figura de un hombre animal y todas aquellas con las que me topaba con insistencia en varias obras contemporáneas tanto de dramaturgos consagrados como de jóvenes creadores —hombres hiena, hombres conejo, hombres gallina, etc.— estaban pidiendo otra clase de escritura, una más reflexiva.

Episodio 2: la irrupción sensible

Por ese entonces, yo impartía un curso de actuación que aborda la pieza didáctica y pretendía estudiar una obra colombiana de carácter histórico-político, allí luchaba contra una dificultad de estos jóvenes estudiantes de teatro (y de una abrumadora mayoría de la sociedad colombiana), la no comprensión o el no “compromiso emotivo” con el tema del conflicto colombiano y la violencia derivada de este. La naturalización de la violencia a la que ha sido sometida la población colombiana se evidenciaba en mis estudiantes, ellos eran el reflejo de esa “adiaforización”, un término de Bauman y Donskis², de esa indiferencia moral, esa insensibilidad al mal en la que dormitaba la sociedad (quiero pensar esto en pasado, especialmente después del Estallido social del 2021 y del informe final de la Comisión de la Verdad presentado recientemente). Tal dificultad me obsesionó, quería resolverla, en aquel entonces me preguntaba el porqué de tal falta de empatía; al parecer habíamos sido entrenados en una

especie de desnaturalización a través de los años, a tal punto que un muerto era igual a mil muertos; se había establecido una “naturalización o normalización de acciones indudablemente criminales”³. La muerte y la violencia ya no nos asombraba, ni siquiera nos asustaba. Veía como los medios nos atiborraban con cientos de escenas macabras y nosotros las veíamos como algo cotidiano y comentábamos de ellas durante el café como comentar de un nuevo vestido (y aún lo hacemos), entonces me preguntaba si habríamos perdido la capacidad de asombro. Luego de algún tiempo de pensar en ello, deseché tal idea como germen escritural ya que me parecía un intrínquilis filosófico-psicológico, y yo lo que quería era hablar sobre teatro! Esto sin imaginar que mi obsesión animal me llevaría a explicar tal fenómeno, que los lazos ya se estaban tejiendo.

Episodio 3: la embestida existencialista

Después de esto, en un ataque existencialista luego de la muerte de mi madre, tratando de encontrarme, o por lo menos encontrar nuevos rumbos, decidí hacer un doctorado en la Universidad Autónoma de Barcelona y tomar como objeto de estudio mi obsesión, la figura animal. Fue entonces cuando empezó mi verdadera angustia por develar esa relación hombre-bestia que desde hacía tiempo me perseguía.

Sin querer, me sumergí en el intrínquilis filosófico del que huía: soy un humano animal, o un animal humano, un animal devenido en humano o viceversa, un ser simbiótico, dirían Deleuze y Guattari⁴; aunque una gran mayoría de las veces me encuentro en el borde, en el límite, en la frontera antropocentrista, tratando de no caer al abismo infranqueable entre lo animal y lo humano. Me observo al espejo y siempre veo a esa, a esa otra que soy yo, algunas veces logro reconocerme allí en esa imagen, otras veces me es tan extraña y tan adversa, que pienso que una ‘otra’ se ha apoderado de mi cuerpo y me ha echado fuera. Estoy habitada por un animal agazapado, fúrico, a la espera de algo por venir.

Lo anterior me lleva a pensar que la mayoría de tiempo fui un ave, siempre me llamaron pollito o pajarito, sí, siempre en diminutivo, aquel animal indefenso que necesita ser protegido bajo el ala, alimentado pico a pico, guiado, incapaz de valer por sí mismo. Sin embargo, otras veces, se refirieron a mí como la leona, la fiera y hasta la arpía; un ser de otra naturaleza, con alas, garras y pico, mecanismos de defensa y ataque más agudos, afilados, maduros para enfrentar los ataques o adversidades, con capacidades para la lucha y la destrucción, el ave fabulosa que con su rostro de mujer puede atrapar bajo sus garras seres inermes. Así, llego a la conclusión de que mi naturaleza se debate entre la pequeña bestezuela indefensa y la monstruosidad fabulosa, alada e indomable. Sí, efectivamente soy un “hombre” de condición femenina que siempre se debate entre estas dos naturalezas: la bestial y la monstruosa, o como diría Derrida⁵ entre la bestia y el soberano. ¿Y qué hombre no lo hace? ¿No son, acaso, la bestialidad y la monstruosidad partes inherentes a la condición humana? Es así que me dediqué a encontrar esas bestias y monstruos en las obras que analizaba y a medida que lo hacía fue apareciendo un sorprendente bestiario del teatro colombiano.

Episodio 4: el apetito cárnico

Durante los siguientes años, la obsesión me absorbió y me abandoné al apetito cárnico indagando en las imágenes de picos frenéticos que destrozan la carne, hormigas que caminan sobre hilos de sangre, bandejas en las que se sirven cabezas humanas, mandíbulas que se cierran ferozmente, cuerpos de cerdos abiertos y colgados en ganchos de carnicero y otras más. Me sumergí en búsqueda de las evidencias, hurgué en las huellas que me llevarán tras esas bestias y monstruos que habitan el mundo imaginal de nuestros escritores teatrales. Todo esto para hallar en las imágenes de la devoración el caos reinante de un tiempo incierto y amenazante, el terror del hombre ante las fauces babeantes y deseosas del tiempo. Del devorador, ese hombre abrazado a su monstruosidad, con los ojos desorbitados

¹ Felipe Vergara, “Coragyps Sapiens”, en *Dramaturgia colombiana contemporánea antología II* (Bogotá: Ministerio de cultura de Colombia, 2013), 79-205.

² Zygmunt Bauman y Leonidas Donskis, *Ceguera moral. La pérdida de sensibilidad en la modernidad líquida* (Barcelona: Paidós, 2015).

³ Graciela Névida Brunet, “Giorgio Agamben, lector de Hannah Arendt”, *Konvergencias, Filosofía y Culturas en Diálogo*, n.º 16 (2007): 99-114.

⁴ Gilles Deleuze y Félix Guattari, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia* (Valencia: Pre-textos, 2008).

⁵ Jacques Derrida, *Seminario la bestia y el soberano* (2001-2002) (Vol. I) (Buenos Aires: Manantial, 2010).

por la fiebre de poder sobre los otros, un soberano que reina sobre la vida, que ejerce un poder biopolítico y arrasa con todo rastro de lo que antes se llamó “lo humano”. Del mundo cárnico, en el que el cuerpo no es más que carne para el consumo, la venta o el desecho, carne tasajeada, asada, horneada, vuelta acarroña.

Aguzar los sentidos para seguir al hombre animal hasta su cueva y develar su forma de vida, su condición de *cuerpo animal*, cuerpo carne, materia, evidenciar la existencia de una exclusión política en un momento de país en que se interroga la “humanidad” en el hombre me llevó a entender el resurgimiento, la insistencia de la animalidad como desmesura a ambos lados de la balanza; potencia y fragilidad al mismo tiempo.

De pronto y sin pensarlo, me di cuenta de que los tres primeros episodios del ataque animal se habían entrelazado, habían encontrado el camino para develar todo lo que la figura animal en las obras quería revelar sobre el pensamiento mítico de nuestro tiempo. La insistencia en el estudio de la representación de metáfora animal como reveladora de la memoria del país, de su contexto sociopolítico, me había revelado un cambio de visión del hombre y del mundo, había descubierto ante mis ojos una distopía que no había percibido antes claramente, había encontrado no una sino diferentes respuestas a la dificultad que tenemos frente a comprender nuestra realidad, a la ceguera moral, a la naturalización del mal que se apoderó de nosotros.

Mi obsesión me llevó finalmente a realizar una lectura crítico interpretativa de las figuras de “lo animal” y “la animalidad” dentro de la dramaturgia colombiana y a plasmarla en el libro *De hombres y de bestias, figuras animales de lo político en el teatro colombiano contemporáneo* el cual, no solo revela lo antes mencionado, sino que pone en relieve la fecundidad simbólica y metafórica de nuestro teatro y el gran talento de nuestros dramaturgos y dramaturgas al analizar dieciséis obras y diez de sus puestas en escena, entre ellas, *Hienas beben brandy* (Ahumada, 2014), *Bizarro* (Guevara, 2010), *Como la lluvia en el lago* (Leyton, 2013), *Transmigración (Los lobos no van a la guerra)* (Lozano, 2015), *La cabeza del pato* (Merchant, 2014), *Manual de zoofilia para el obrero trotskista* (Pascuales, 2013), *Rubiano*, *El vientre de la ballena* y *Labio de Liebre* (Rubiano, 2012 y 2015), *Si el río hablara* (Teatro la

Candelaria, 2013), *Pernicia niquiteo*, *Una verónica en la cara* y *De monstruos y martirio* (Valencia, 2008 y 2015), *Coragyps Sapiens* (Vergara, 2013), *Gallina y el otro* y *Donde se descomponen las colas de los burros* (Vivas, 1999 y 2014).

Por último, debo decir que, aunque terminé de escribir este libro en 2019, mi obsesión aún no termina, sino que continúa con la escritura de diferentes artículos que analizan a profundidad “lo animal” y “la animalidad” como signos de nuestro tiempo, ya que sigo hallando en la figura animal un fructífero universo del cual beber, él me lleva a recorrer tupidos bosques, selvas intrincadas, mares agitados y cielos brumosos para señalarme la necesidad que tiene el hombre de hoy de retornar al origen, de volver a abrazar su naturaleza animal, no para aprovecharse de su potencia destructora y arrojar al otro al abismo del mundo cárnico, sino para acogerla e integrarla, porque solo así podrá llamarse nuevamente “humano”. ■



